



VERDADERA RELACIÓN
DE LA VIDA Y MUERTE DEL
BIENAVENTURADO S. ALEJO

PRIMERA PARTE

Cese el belicoso estruendo
de cajas y de trompetas,
florezca la penitencia,
á vista de la enseñanza
que dan las divinas letras,
y á vista de los ejemplos
que las vidas estupendas
de tantos santos que á Dios
dan lauros y gloria excelsa
en vida contemplativa,
para gozar de la eterna.
En tiempo de Honorio el Magno,
según las historias cuentan

gran emperador de Roma,
un personaje hubo en ella,
que llamaban Eufemiano,
hombre de gran opulencia,
y de ilustre calidad,
junto con grande riqueza.
Casó con una matrona
muy virtuosa y honesta,
llamada Aglaes, también
muy poderosa en hacienda.
Vivían los dos esposos
muy temerosos de Dios
repartiendo su riqueza

en pobres y para el culto
de Dios en templos é iglesias,
hospedando peregrinos
con caridad muy perfecta.
Eran cercanos parientes,
pues la propia sangre régia
del emperador Honorio
les viene por línea recta.
Tenian, pues, su palacio
con muchas torres y almenas
gran número de criados,
de dueñas y de doncellas,
las salas todas colgadas
de mil géneros de sedas,
y en fin, era el fausto todo
como de persona escelsa.
Estos clamaban á Dios
con ásperas penitencias
y con austeros ayunos,
pidiendo con grandes veras
que les concediera un hijo,
para ser su paz mas quieta.
Vinieron á conseguirlo,
que oye Dios ruegos que sean
para servirle; y en fin,
parió un niño que se alegran
tanto de su nacimiento
que no obstante que antes eran
tan grandes caritativos,
en esta ocasion su hacienda
se abrió mas pródigamente
á agradecer la fineza.
Bautizaron, pues, al niño
con alegrías y fiestas,
y le pusieron Alejo,
que este nombre se interpreta
vara de humo, que creciendo
hasta los cielos penetra.
Crióse con gran regalo
entre pompas y grandezas;
creció, y con él la razon,
motivándolo la escuela
de un maestro que celoso
le enseñó todas las letras.

Era querido de todos,
dando de su sangre muestras
y al mismo tiempo sus padres
le amaban con gran terneza.
Tenia el emperador
una hija, que en belleza,
honestidad y virtud,
no habia en Roma doncella
que no solo la excediese,
pero ni igualar pudiera
á Sabina, que era el nombre
de la prudente princesa.
Trataron, pues, de casarla
con Alejo, y él intenta
de no replicar á nada,
aunque tiene hecha promesa
de guardar la castidad
porque Dios le favorezca.
Pero al fin los desposaron
con júbilo y regocijo,
con músicas y con fiestas.
En fin, llegada la noche,
noche que muchos desean,
por el sensual apetito
que solo á cebar los lleva;
no así Alejo, que en el cuarto
donde está su esposa misma
entró por de cirlo el padre,
diciendo de esta manera:
Dios te guarde, hermosa mia,
criatura de Dios bella,
en amor como á su esposa;
é inclinando la cabeza,
allí le habló el santo Alejo
palabras dulces y tiernas,
no lascivas, sino en cosas
de Dios y de como eran
las vírgenes estimadas,
y adoradas con grandeza
con los bienaventurados.
Y en fin vino alcanzar de ella,
el dejarle que partiese
á cumplir una promesa
á Jerusalem, que antes

de desposarse tuvo hecha.
Ella se lo concedió,
entendiendo de que era
una capilla que en Roma
estaba de allí bien cerca,
llamada Jerusalem;
pero él otra cosa ordena.
Entonces sacó del dedo
una sortija muy buena,
y la dice: toma esposa
esta sortija que es prenda
como dada de mi mano
á señora tan suprema,
porque os acordeis de mí.
Cojió muy preciosas piedras
y joyas de gran valor,
y cantidad de moneda.
Fué al Tiber, tomó una barca,
embarcóse luego en ella,
salió al mar y llegó en breve
á desembarcar en tierra.
Llegóse á Santa María,
una consagrada iglesia
á Dios, y en este lugar
dió á los pobres cuanto lleva
y hasta sus propios vestidos
con un peregrino trueca.
En este tiempo en su casa
toda la alegría y fiesta
en breve se corvirtió
en tristeza, llanto y pena.
Lloraban los tristes padres
sin alivio á su tristeza,
envian muchos criados
que con notable presteza
lo busquen y que lo traigan,
premiando su diligencia.
Se queja el emperador,
y su esposa honesta y bella
despreciando sus cabellos,
los ayes al cielo llegan,
que podian sus gemidos
á los riscos y las peñas
ablandar con sus quejidos

aunque es tanta su dureza.
A este tiempo el peregrino
que ya referido queda,
viéndole con el vestido,
lo llevaron con gran prisa
a presencia de los amos
porque la verdad dijera.
Dijo que le dió el vestido
un hombre de muchas prendas,
y que se puso el suyo;
y que postrándose en tierra,
con la tierra se abrazó,
y lloró mucho sobre ella.
Luego le vió con los pobres
pedir limosna. Y en esta
ocasion le preguntaron,
que hácia qué paraje era,
y respondió que en Laodicea,
ciudad de la Santa Tierra.
Despacharon mucha gente
en su busca; pero ordena
el Cielo que no le hallen,
aunque de ellos esté cerca,
pues él conoce á todos,
y ellos no le conocieran;
antes le daban limosna
como si otro pobre fuera.
Vuélvense todos muy tristes,
y él con su grande entereza,
prosiguió al Santo Sepulcro
para cumplir su promesa;
mas el comun enemigo
que frustrar su idea intenta,
en traje de peregrino
con el Santo Alejo encuentra,
y despues de saludarle
con preguntas y respuestas,
le vino á decir que en Roma
habia una noticia nueva,
y era, que un senador
y persona de gran cuenta,
habia casado á un hijo
con una hermosa doncella,
hija del emperador;

y no haciendo caso de ella,
la dejó; mas ella viendo
el desprecio, ha hecho entrega
de su sensual apetito
hacerle toda la ofensa
posible por deshonrarlo,
y está entregada á torpezas.
Nada le respondió Alejo,
que á sus labios sello les echa
con silencio. Y aquí
suspende humilde el poeta
Alfonso Lucas del Olmo
aquesta parte primera.

SEGUNDA PARTE.

Viendo el demonio que Alejo
no le respondia cosa,
y que todas sus mentiras
frustradas fueron ociosas,
se despidió con presteza,
caminando con ansiosas
veras, y mas adelante
le salió ya de otra forma.
Saludándose los dos,
platicando en varias cosas,
y por último le dijo
como venia de Roma.
Contó todo cuanto pasa,
como Sabina su esposa,
no solo le hace taacion
permitiendo su deshonra,
sino tambien premia á aquellos
que aceptan su accion traidora:
y á mí tambien me premió
con esta sortija hermosa;
vesla aquí. Cuando la vió,
turbóse la vista toda;
cayó en tierra conociendo
la sortija que era propia,
clamando al Cielo, mas Dios
usó de misericordia,
enviándole un ángel
que en su pena le conforta.

Quiso el demonio huir;
pero el ángel se lo estorba:
entonces le dijo el ángel,
sé firme como una roca,
acaba lo comenzado,
Alejo, que esta horrorosa
serpiente que te habla es el diablo
que con astucia engañosa
le ha quitado la sortija,
á tu virtuosa esposa:
ella es santa y está vírgen,
aunque en su llanto penosa:
vé prosiguiendo tu intento
y en Dios su esperanza toda
has de poner y despues
volverás á ver tu esposa:
yo soy ángel del Señor
que me envía de esta forma.
Desaparecióse el ángel,
el demonio fué á las sombras
infernales; luego el santo
lleno de fé el alma ansiosa,
alzó los ojos al cielo,
dá á Dios las gracias, y á toda
prisa hizo su viaje
al Santo Sepulcro, y postra
su cuerpo y cara en la tierra
con humildad generosa
diciendo con muchas veras,
todo lleno de congoja:
Señor, mio Jesucristo,
mi bien que el alma atesora:
yo no soy digno de entrar,
Señor porque me lo estorba
ser quien soy en el Sepulcro
Santo, hasta que reconozca
tu voluntad; y allí estuvo
muchos dias de la forma
que se ha dicho, tolerando
hambres, frios y deshonras.
Cumpliéronse siete años,
que en oracion fervorosa
se mantuvo, cuando oyó
una voz de aquesta forma:

siervo de Dios, ya eres digno
por merecerlo tus obras,
de entrar en aqueste Santo
Sepulcro; entra pues, goza
de tanto bien: pero él
presumió ser engañosa
astucia del enemigo.
Segunda vez oye otra
en que le dice lo mismo,
y que ya Dios le perdona
sus pecados; él entonces
con una fé fervorosa
visitó el Santo Sepulcro,
sitios y reliquias todas.
Despues que fué conocido,
por huir la vanagloria,
se partió al puerto de Lisa,
y en una nave briosa
se embarcó para Silicia
previniéndole en sus cosas
al capitan de la nave
que lo necesario ponga;
el capitan lo creyó,
dió al viento las velas todas:
pero á poquísimo trecho
se levantó escandalosa
una tempestad cruel,
que la nave al cielo topa.
En fin, pasados tres dias
la tormenta no mejora,
sin acordarse de Alejo
que en los tres dias no toma
cosa para su sustento,
ni una taza de agua sola.
Llamóle el capitan, y dijo:
amigo, engaño se nota
en vos, ¿cómo no os envia
de comer ni beber cosa
ese Señor que dijiste?
Y él respondió con gozosa
alegría: no me engaña
jamás su misericordia;
hasta hoy no ha faltado á nadie,
que es Señor de mucha honra,

y no soy digno de llamarme
su criado en tanta gloria,
que es Señor de cielo y tierra,
y aquesta máquina toda
mantiene con su poder.
Respondió: muy fervorosa
es tu fe, buen peregrino,
pues pídele á Dios ahora
que nos saque á salvamento.
Cesó la tormenta, y toman
la via, como Dios quiso,
al romano puerto de Hostia:
desembarcaron alegres,
se fué á la ciudad de Roma,
y llegó á su casa á tiempo
que el padre con mucha pompa
de criados y caballos
salia de él; con zozobra
de trabajos, llegó al padre,
diciendo de aquesta forma:
¿das limosna, Eufemiano,
á un peregrino que ahora
de tí se ha amparado? Así
Dios traiga á tu dichosa
casa á tu hijo Alejo,
prenda del alma que adoras.
Así que Eufemiano oyó
que á su hijo Alejo nombra,
sin sentido del caballo
si no le tienen se arroja.
Clamaron, pues, los criados,
la madre salió medrosa
temiendo alguna desdicha;
mas fué dicha muy gozosa,
porque adquirió las noticias
de su mismo hijo; se informa
cómo le hubo conocido
en muchas partes, y en todas
habia sido su amigo,
y pasaban de limosna,
que le informó de sus padres
la piedad tan generosa.
Y en fin, hablóles palabras
tan sentidas y llorosas,

que el padre con alegría
y la madre muy gozosa
por saber ya de su hijo
casi en los brazos lo toman,
y en el palacio lo meten;
allí despacio se informan
mas de Alejo, pero él
encubriendo su persona,
les daba razon de todo:
la madre estaba llorosa,
tambien su esposa Sabina.
Mandaron en fin que coma,
y él desechando manjares,
con agua y pan se acomoda.
Desechó una rica cama,
y escogió aquella dichosa
escalera, y en su hueco
pasaba las tenebrosas
noches y dias de frio;
con hambre y sed prodigosa,
padeciendo mil oprobios
de los mozos y las mozas,
pues todas las barreduras
de la escalera le arrojan,
dándole de bofetadas:
con él juegan á la pelota;
y aun pasaba muchos dias
sin agua, pan, ni otra cosa.
y él todo por Dios sufría,
que en su alma le atesora.
Allí en diez y seis años
fué su vida misteriosa,
cuando llegando su fin,
quiso Dios que reconozca
su muerte, y al camarero
con razones amorosas
le pidió para escribir
recado; mas él se asombra,
de que sabiendo escribir
pase vida trabajosa.
Diósele, y escribió allí
su vida tan prodigiosa
como referido queda,
y luego la carta dobla,

y la sortija en el dedo,
pues así de esta forma
su espíritu á Dios entrega,
colocándole en su gloria.
Y aquí el referido Lucas
del Olmo Alonso, prolonga
en otra tercera parte
dando fin á esta historia.

TERCERA PARTE.

Habiendo, pues, entregado
á Dios su espíritu, Alejo,
y estando diciendo misa
el sucesor de San Pedro,
cuando despues del Prefacio
oyeron voces del Cielo,
que dicen: ven, siervo mio,
á gozar eterno premio
y el galardón del trabajo
que por mi amor y respeto
has padecido: y despues
otra clara voz oyeron
muy sonora que decia:
id, y rogad luego, luego,
al hombre de Dios, que pide
por este romano pueblo.
Al punto de sus parroquias
de ermita y de conventos,
se tañeron las campanas
con tal celestial estruendo.
Partióse el emperador,
y el senado con desvelo
á buscarlo, y no lo hallaron,
y toda Roma anduvieron.
A Su Santidad se vuelven
desconsolados, diciendo
que no lo hallan por allí,
las mismas voces oyeron,
que decian: Eufemiano
es el que tiene adentro
de su casa tal tesoro.
Fue entonces grande el contento
causado en todos mas él

que estaba presente á esto,
dijo: señores, yo soy
muy pecador, y no tengo
este favor merecido;
mas el Pontífice, viendo
la humildad de Eufemiano,
sin detenerse un momento,
con todos los cardenales,
cruces y acompañamientos,
fueron allá en procesion,
y Eufemiano con ellos,
el cual llegando á su casa,
que se adelantó primero,
mandó salir á los criados
con luces y con inciensos
á recibir al Pastor,
no cesando en este tiempo
de todos la confusion,
mayormente cuando vieron
que cruces y clerecía
al punto se detuvieron
sin poder pasar de allí;
viendo la madre de Alejo,
y su esposa, al Padre Santo,
le pregunta el suceso
de tan notable favor:
y el Pontífice supremo
les dijo: en el Vaticano
oímos voces del Cielo
que dicen que en vuestra casa
está sin impedimento
el hombre de Dios, y así
mi venida es solo á eso.
Si muy confusos estaban,
mas quedaron cuando oyeron
lo que el Pontífice dijo,
pues que nada respondieron
mirándose unos á otros;
mas ninguno atribuyendo
á que fuese el peregrino
que subsistió tanto tiempo
debajo de la escalera.
A este tiempo el camarero
dijo: si no es por ventura,

que sea ese pobre viejo
que es hombre de buena vida,
y ví por mis ojos mismos
el que los domingos todos
comulgaba; en este tiempo
fué á la escalera Eufemiano,
llamóle y estaba muerto;
mas reluciente que un sol,
exhalando de su cuerpo
una fragancia admirable
y un papel entre sus dedos
que quiso quitarle, y no
pudo conseguir su intento;
salió fuera y dijo el Papa
todo de alegría lleno:
aquí está el hombre de Dios.
Mandó Su Santidad luego
que al pórtico lo sacasen:
hiciéronlo, y allí puesto
todos se hincan de rodillas
delante de él, y el supremo
Pastor se llegó á tomarle
el papel, y no pudiendo,
llegaron los cardenales
uno por uno, lo mismo
sucede: el señor emperador
y sus padres tambien fueron
á hacer las mismas instancias,
y lo mismo sucediendo
llegó su esposa Sabina,
y le dijo: santo siervo
del Señor por quien pasaste
tantos trabajos acerbos,
yo te pido ese papel,
porque sepamos contentos
tu vida; y el santo entonces
soltó el papel al momento
Y comenzando á leer
decia: yo soy Alejo
el hijo de Eufemiano,
Senador romano... Oyendo
su esposa y padres lo dicho,
fué tal el llanto, que al cielo
sus lágrimas venetraban.

y se arrojaban resueltos
los tres sobre el santo á quien
abrazaban sin consuelo.
Decia el padre: ay de mí!
ay triste mezquino viejo!
qué confiado vivia
en ver á mi hijo Alejo!
¡cómo de mí te encubriste,
trayéndonos á tormentos,
con tanto dolor á mí,
y á tu madre! ¿qué es aquesto?
¡ay de mi triste vejez,
qué atribulado me veo!
Su madre lo mismo dice,
rasgando el vestido negro.
Dejadme llenar de gracia
á ver á mi hijo que quiero
aumentar mi triste llanto
y arrojar sobre su cuerpo
estas lágrimas amargas;
y haciendo muchos extremos
sobre su hijo se arroja,
y con muy tristes requiebros
le decia: hijo querido,
en qué te agravié algun tiempo
para que así me dejases,
pudiendo, hijo, pudiendo
declararte y no aquí
murieras como te veo.
Llegó su esposa Sabina
torciendo manos y dedos,
y cuando hubo conocido
por la sortija del dedo,
y la señal que la madre
dijo tenia en el pecho,
y que la carta da indicios
de lo pasado, allí fueron
tales las exclamaciones,
llanto y quebranto, que entiendo
que á los hombres mas crueles
les quebrantaron los pechos,
mandó el Papa que tomasen

en hombro el bendito cuerpo,
llevándolo en procesion
con majestuoso entierro.
Era el concurso tan grande
que habia de los enfermos,
muchos cojos y tullidos;
y quedando todos sanos,
alegres y placenteros,
que no podian pasar
por las calles á San Pedro.
El Papa mandó sembrar,
ó derramar por el suelo
gran cantidad de moneda,
porque á la codicia de ello
se parasen, por poder
entrarle dentro del templo,
donde con solemnidad
las religiones y clero
le hicieron las exequias,
habiendo tenido el cuerpo
manifiesto trece dias
para que lo viese el pueblo,
y luego lo depositaron
en la bóveda y encierro
del señor emperador,
que quiso honrarle hasta en esto
Luego su esposa Sabina,
hizo voto con presteza,
de no casarse jamás,
y lo cumplió, dando luego
de mano á toda grandeza
Puso silicio á su cuerpo,
hizo grandes penitencias,
fué santa como sabemos.
Los padres fueron por él
perdonados, que los ruegos
de un santo pueden con Dios
muy mucho en su valimiento.
Aquí dá fin á la historia
Alfonso del Olmo, siendo
quien suplica á su auditorio
perdonen su corto ingenio.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.